



28-VI-73

Ausencia de Joaquín

Un programa de televisión me ha hecho pensar en Joaquín. No en Joaquín Sepúlveda Gilentes, al que, con el título de esta crónica, Neruda consagró uno de sus poemas más hermosos, sino en el otro: en Joaquín Edwards Bello, cuya vida también pudo condensarse en este distico: "Su costumbre de sueños y desmedidas noches/, su alma desobediente, su preparada palidez".

La esposa, la viuda de "nuestro señor don Joaquín" (hablamos con la reverencia del caso), es huésped de un espacio de televisión donde se almuerza en público. ¿Signo de los tiempos? El almuerzo, función cotidiana, se convierte en espectáculo. Sé de antemano que se me va a decir que allí la finalidad no es presentar lo que se come, y que incluso se come poco, sino establecer un contrapunto de opiniones entre personas provenientes de actividades casi dispares. Con todo, imposible es evitar la preocupación del espectador por las particularidades que en el curso de la reunión va adquiriendo el fenómeno de la pitanza. El hecho de que la conversación sea "almorzada" (y no al revés) realfirma, por otra parte, el propósito, quizá surgido del subconsciente, de atraer la atención del telespectador en forma integral. O sea, hasta con apropiación de sus jugos digestivos.

Otro síntoma de esta época de palideces y fragilidades (los expertos añaden a "sociedades de cambios") es la calidad precaria de los fósforos para dar la primera chispa al condominio. Después de agotar media caja en petacas estériles —astillas quebradizas, cenizas mal formadas, pedernal infértil y por un solo lado de la caja—, huelga el chiste opositor: "Aquí ni los fósforos dan fuego". También cabría referirse a la escasez de



Luis
Sánchez Latorre

fósforos en las cabezas superiores.

Hacer chistes no cuesta mucho. Lo que cuesta es gobernar sin que el gobierno parezca un chiste. Pero volvamos a nuestros camensales. La anfitriona es hija de escritor. Su misión no es fácil: proponer temas, enlazar materias en aparentes opuestas, orientar la amenidad general, impedir los desbordes oratorios, esto es, la aparición de la "lala", y lograr, al mismo tiempo, que nadie, salvo los telespectadores, quede con excesiva hambre.

No es los parlamentos con la intervención de la esposa de Joaquín. Exigencias de trabajo me obligaron a salir disparado en los prolegómenos. Una lástima. A cambio de ello, por la noche, abrí un libro del Maestro. Este, sí, legítimo, con mayúsculas, ahora, en que un aprendiz de "chasquilla" se molesta si usted no le depara el tratamiento de maestro. "Andando por Madrid y otras páginas". Compilación, excelente como todas las suyas, de Alfonso Calderón. Página 79: "Agusceco". Curiosamente, a la hora en que escribo, llueve. Esta crónica del maestro podría titularse, con absoluta propiedad: "Un día en la vida de Joaquín Edwards Bello". Un día de

invierno. Lo resume bien. Por la mañana, se pone un impermeable, coge un martillo y va al techo. Va a terminar con unas goteras. Desde allí, reconstituye su situación y la del barrio.

Vive mirando la parte trasera de los Capuchinos, que recuerda Sous les ponts de Paris. Esta parte se anima solamente los domingos —apunta—, y entonces suelen salir las monjes capuchinas, que son casi siempre vasos de verdad; algunos, atléticos, parecen jugadores de pelota; otras, recuerdan la España del conde de Orgaz. El contraste es tremendo, como los claroscuros españoles. Hay un colegio gratuito de niños y un teatro siempre cerrado, en cuyas gradas dan lecciones eróticas de Kama Sutra las parejas; es una especie de hotel para el hampa, con su rincón migilatorio que solamente la lluvia lava. Una noche, puso encima este letrero: para pe- ros. Al día siguiente había más clientela. A veces, una mujer con trazas de mendiga hace aguas menores, después de mirar en círculo para que no la sorprendan. Ha visto hacer lo mismo a las cigarreras de la fábrica en Sevilla... En el techo de la casa descubre un apolota de trapo que obstruye la boca del canal de lata. Niñitos felices juegan a la pelota en la calle... Deben de ser las ocho, porque va pasado un cura muy puntual, de barba y con cara de bueno... Después de dar unos martillazos en el techo, deja y coge los diarios que dejan caer por la ventana...

Oigo decir que hay egresadas de escuelas de periodismo que ignoran el nombre de Joaquín Edwards Bello. Más desconocido aún les resulta el de Mariano Latorre.

Como anticipaba Günther Grass, vivimos años de perro. No, eso sí, de mi perra "Bebe", que es prodigio de cultura.

Ausencia de Joaquín [artículo] Luis Sánchez Latorre.

Libros y documentos

AUTORÍA

Sánchez Latorre, Luis, 1925-2007

FECHA DE PUBLICACIÓN

1973

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Ausencia de Joaquín [artículo] Luis Sánchez Latorre. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile